

NIÑA LA MUERTE

Olga ZAMBONI
Posadas, Misiones, Argentina

A Dedé

Vuelvo a aquella mañana de verano y no puedo explicar la sensación que experimentó mi blanca niñez al entreoír una noticia dada con murmullos graves, casi en silencio, *que no oigan los chicos*. Tenía que ver con tío Séptimo, el papá de Lele. *Camino a la chacra, el caballo, caída, herida en la cabeza*: los comentarios se internaban en mi cerebro apuntando a un suceso hasta entonces inédito. El enojo severo de mi padre: *Seguro estaba borracho*. El llantito fácil, agudo, de mamá. Mis deseos incansables de jugar a la casita con Lele. La persona que había traído la noticia dejó bajo el galpón un pellón manchado de sangre. Lo supe después por Icha: *El pellón ése es del caballo de tu pobre tío*.

Mi padre voló al pueblo todo lo rápido que le permitió el viejo coche al que primero tuvo que dar persistente manija. Mi madre en la casa era un solo cotilleo, en voz baja, con Icha. Yo aguzaba el oído y presentía algo oscuro. Una sensación de cosa irremediable. Lo grave quedaba confirmado en la voz como irritada de mamá que me reiteraba: *Y vos qué hacés aquí. Andate a jugar afuera*.

A las dos horas volvió papá. Dijo algo así como que no le había aguantado el corazón, y que ya lo habían llevado a la casa de los abuelos. Mamá me abrazó llorando. Después, me retó por cualquier cosa, se sonó y dijo: *Vamos para allá*. Y que yo me tenía que quedar en casa con Icha. Pataleé, grité, me dieron una paliza y tuve que resignarme. Mi idea era jugar con Lele, que al igual que su hermano vivía con los abuelos porque el papá estaba en la chacra, lejos, y ella entretanto iba a la escuela, al segundo grado; esto me inspiraba un enorme respeto: yo apenas empezaría la primaria al año siguiente...

Mamá me consoló a último momento: *Portate bien, mami y papi se van ahora a donde no pueden ir los chicos, hay un hombre malo allá, pero ya te vamos a venir a buscar para que juegues con Lele.*

Icha lloraba. Me daba cuenta por sus ojos colorados y porque hacía ruido con la nariz. Buscaba desahogarse en alguien, entonces se puso a contarme de tío Séptimo, de cuando era soltera, lo buen mozo que era, cómo tocaba la guitarra y a veces hasta cantaba, cuando se entonaba un poco. Icha se acordaba de una canción romántica que una vez le había llevado de serenata en la ventana de su casita del bajo. No alcanzaba a tararearla y se le saltaban las lágrimas.

Yo también me acordaba del tío. Solía venir a casa, siempre alegre, con un chiste entre los dientes, deseoso de que lo convidaran con un aperitivo. *Haragán, sólo le gusta la farra* – inflexible papá. Una vez me había alzado en brazos y hecho montar en su caballo. No olvidaba la risa cuando me hizo apretar las riendas –yo muerta de miedo–, la impecable elegancia campera de sus anchas bombachas y el infaltable sombrero de paño negro. *Tan lindo hombre* –decía Icha, especialmente sensible a la belleza masculina– *y tanto que le gustaba la vida.* De nuevo el sollozo. Yo, con los ojos secos, procuraba entender.

En mi mente, tío Séptimo entraba y salía, a caballo –*paso, paso, trote, trote, galope, galope*, como en el juego que nos inventaba papá sobre sus rodillas. De pronto, el tío se caía en un camino –yo no conocía la chacra– y volvía a levantarse. Icha lo nombraba y caía de nuevo, pobre tío Séptimo, y el caballo se me escapaba, y allí estaba el pellón sucio de sangre, bajo el galpón. Me dio miedo. *Pobrecito Séptimo* –Icha seguía llorando. Me puse a pensar entonces en lo que íbamos a hacer con Lele cuando me llevaran a lo de los abuelos, la nueva casita que estábamos armando bajo la morera. *Le voy a contar a Lele lo que le pasó a su papá*, me dije.

Por fin estábamos juntas. Lele me esperaba afuera; un poco mustia, me llevó por el patio hasta la planta de menta, cerca del pozo y allí en secreto me confesó: *¿Sabés una cosa? Papi murió. Le pusieron en un cajón encima de la mesa. Y no se mueve.*

En vano quiero reconstruir la imagen que pudo haberse formado en mi imaginación en aquel instante. O reproducir hoy la impresión extraña que me dio entrar en el inmenso salón de piso de tablas sumido en penumbra, flores y llantos. Los olores, eso sí, perduran. Olores mezclados: de velas chorreando, meciéndose en sus pabilos ardientes; de desnudas, impúdicas, tardías azucenas mantenidas merced a los cuidados de la abuela; reconocí sus flores, zinias, rosas y hasta algunos geranios.

La impresión no impidió que al minuto estuviera con Lele acomodando los enseres de nuestra casita. Se nos ocurrió cocinar. *Vamos a pedirle a la nona que nos dé un poco de comida.* Siempre la nona nos ponía en un jarro un poco de lo que hervía en sus sabrosas

ollas pero esta vez no. Con un pañuelo tapándose la nariz nos mandó afuera, mientras con mucha, muchísima dulzura, su mano se posaba en la rubia cabecita de Lele. Salimos otra vez desorientadas. Afuera el sol radiante del verano nos dio ganas de correr. *Vamos*, era la voz de Lele siempre en propuestas recurrentes, *te juego una carrera*.

Cuando volvimos estaban llegando los parientes de la capital. El número de personas que rodeaban el cajón había aumentado. También los lloros. Nos impresionó una corona traída de la ciudad, nunca habíamos visto algo igual: las flores que hasta momentos antes rodeaban al tío eran ramos colocados en frascos, hasta en palanganas con agua, habían traído muchas flores, todo el vecindario cortó sus flores, tío Séptimo era muy querido, especialmente lo sentían las mujeres. Oíamos cuchicheos, *qué pasará con los huerfanitos, que destino, tan joven, primero la mujer y ahora él...*

—¿Sabés que cuando uno se muere se queda quieto y no se mueve nunca más?— Lele otra vez, intrigada sobre la inmovilidad de los muertos. Lele como siempre contándome cosas de la vida, con su sabiduría que se me antojaba sublime.

Y una pregunta repetida entre la gente: ¿Cuándo es el entierro?

Estaba la casa revolucionada como en Navidad, sólo que no habían traído el hielo que hacía nuestras delicias y ahora las primas mayores no querían jugar con nosotras y nos echaban con aires de superioridad, ni nos miraban, nos teníamos que arreglar las dos solas. Recuerdo que me quejé a mamá: *Las chicas de tía Maru no quieren jugar con nosotras mami*. Ella me abrazó un segundo y enseguida, con tristeza, reitero en consabido *Vayan afuera*. Y agregó: *Jueguen ustedes solitas pobre Lele*.

Los reciénvenidos se habían congregado en la enorme sala-comedor-velatorio. Con tal sigilo se movían que ni siquiera sonaban las tablas del piso ahí donde el gran sótano del subsuelo solía hacer de caja de resonancia para nuestros sustos.

Por la noche fue divertido. Pudimos jugar hasta que se nos dio la gana por las piezas vacías en la enorme casona, nuestro paraíso. Todos siguieron agolpados en el comedor y la cocina, salvo alguna que otra de las mujeres que entraba a dormir un rato. Nosotras buscábamos escondrijos, nunca el tiempo había sido tan largo y tan de las dos sin límites impuestos por los grandes.

Los hombres salían afuera, bajo los parrales, a la noche calurosa. Papá entre ellos. Estaba serio, sin su acostumbrada carcajada sonante y las burlas que solía hacerle al tío. Lo veíamos acercarse ya a la nona, ya al nono. A mí, la verdad, había dejado de darme bolilla.

Creo que al final nos dormimos en cualquier cama. No había nada mejor que pasar la noche afuera y en cama ajena. Yo elegí la del tío Augusto, el más joven de todos,

porque tenía cabecera de hierro. Me encantaban esas cabeceras. Lele en la de al lado, donde solía dormir nuestro primo Ricardo cuando venía a pasar las vacaciones en casa de los abuelos. Claro que primero brincamos por cuanto cama vacía encontramos. Nos pasábamos saltando de una a otra, cosa que jamás nos dejaban hacer en nuestras casas sin recibir un buen chirlo. Hasta que el abrir los ojos por la mañana fue simultáneo a una claridad refulgente que nos deslumbraba –las ventanas daban al oriente– y a unas voces que entraban imperiosas, murmurantes, ilegibles, en la pieza. *Algo pasa*, la desperté a Lele. *Vamos a tomar el desayuno*.

El entierro sería a las once. Lo supimos porque todos lo comentaban. Llegaba el momento más doloroso, eso lo sé ahora, porque entonces seguíamos sin entender a carta cabal esta inmovilidad de tío Séptimo y su relación con la futura ausencia del papá de Lele. Morir era algo visto y cotidiano. Moría una hormiga con sólo pisarla, moría una araña, y si era animal más grande lo comían los caranchos y cuervos en el campo. Pero morirse un tío, un papá, ¿qué venía después de eso? Tomamos el mate cocido apurado con unas galletas duras. Vi a Icha entre la gente con los ojos enrojecidos. El pobre nono se había vuelto de pronto mucho más viejo. Lele andaba husmeando entre las piernas de la gente –era tan menudita–. La miraban, ahora lo sé, con compasión. *Pobrecita, no conoció a su mamá, y ahora esta desgracia*.

Mamá vino a decirme que yo me quedaría con la tía Nena, que nos cuidaría hasta que ellos volvieran del cementerio. Advertí su cara llorosa y el no abandonado pañuelito en la mano derecha. Parecía más afligida que el día anterior. La vi fea, sin arreglar, ella que siempre cuidaba los colores en su cara tersa. Y aunque sentí contento por quedarme en casa de los abuelos, tuve también la pena de no ir al cementerio, que para mí significaba el recuerdo de días con sol y paseos entre las ruinas portando flores a los muertos los viernes santos. Lloriquéé, *Mami, llevame, yo también quiero ir*. Fue inflexible. Era el momento justo en que cerraban el cajón. *Te digo que no, NO-PO-DÉS-IR, no insistas*.

Me consoló ver a Lele que venía corriendo cuando empezaron a salir los autos. De la escalera me llevó aparte, otra vez junto al cantero húmedo de la planta de menta, vecina al pozo. En un susurro único, con un dejo insulso de media sonrisa entre los labios, con la blanca estolidez que sólo nuestros pocos años eran capaces de producir, me dijo: *¿Sabés una cosa? Escuché que dijeron que papi, parece, abrió un ojo, uno solo. Y por eso no se animaban a cerrar el cajón. Yo me fui cerquita y lo vi, te juro que lo vi a mi papá. Y te juro que mi papi tenía un ojo abiertito, sólo uno, de un solo lado estaba abierto...*